

## PRÓLOGOS DE LIBROS



### Precursoras olvidadas

*En la última primavera, la Universidad de Stanford publica **Feminismos Europeos, 1700-1950: Una Historia Política**. En el prólogo del libro, del cual este ensayo esta extractado, Karen Offen describe como descubrió una casi olvidada historia de rebelión.*

*Publicado originariamente en **The Women's Review of Books/Vol. XVII, N°5, febrero 2000.***

La campaña para poner fin a la subordinación de las mujeres con relación a los hombres es un progresivo, reiterado y perdurable proyecto político, con profundas raíces en el pasado europeo. Feminismos en plural pueden ser documentados en varias sociedades europeas, pasadas y presentes; en algunas sociedades se transformaron en un aspecto central y recurrente de sus culturas políticas, del pensamiento y de las políticas europeas. El pensamiento y la acción feminista no es ajeno o periférico- de la llamada tradición Occidental; es integral con esta.

Que estos reclamos hayan sido vigorosamente establecidos, que no se los haya reconocido por mucho tiempo, refleja la obliteración de una lucha extraordinaria, de una importancia continua para las mujeres y los hombres de hoy, ya sea que residan en Europa o más allá de sus límites. Cuando la historia del feminismo se incorporó a la historia del pensamiento y de la política europea, nuestra comprensión del pasado europeo y de su pertinencia para nuestro presente y futuro- se alteró radicalmente. ¿Por qué, entonces, sabemos tan poco sobre él? ¿Cómo se perdió ese conocimiento? ¿O podrá ser que se nos haya negado el conocimiento de la tradición feminista?

Nuestra respuesta descansa en el registro que hemos manejado del "Pensamiento Occidental" y de la política, y cómo nosotros hemos enseñado a pensar el pensamiento Occidental (y la política). Cuando lo reconsideramos críticamente, desde la perspectiva de los intereses feministas, y con un archivo nuevo de conocimiento recuperado, el pasado se ve diferente. No vemos más una lineal secuencia de dinastías, guerras, conquistas revoluciones, o las tendencias dominantes, como el ascenso, de la burguesía, del capitalismo, de las naciones-estado. No encontramos más una historia de las grandes ideas generadas por los grandes filósofos de Occidente. Lo que encontramos es una historia mucho más intrigante una larga, irregular, pero significativa serie de controversias, de debates, de facciones en pugna, de avances, retrocesos, derrotas, y ocasionales victorias-, y no sólo la convencionalmente aceptada. Las relaciones entre las mujeres y los hombres, esto es, entre los sexos, no es simplemente una lente a través de la cual

releer el pasado, por el contrario dichas relaciones se encuentra en el ojo de la tormenta de la controversia.

*Feminismos Europeos* tratan sobre una serie de desafíos políticos y las respuestas a la dominación o hegemonía masculina, en Europa. Esta secuencia de desafíos comprende el pensamiento crítico y la acción política acometidas tanto por las mujeres como por aquellos hombres que simpatizaban y se aliaban a la causa. Comprende asuntos de autoridad y la redacción de leyes -sobre matrimonio, educación, derechos de propiedad, recursos y trabajo, participación política, estructura familiar- efectivamente, y también la organización del conocimiento en sí. Los esfuerzos de las feministas por emancipar a las mujeres así como la resistencia organizada contra estos esfuerzos son centrales para nuestra comprensión histórica de las políticas en las sociedades europeas. Ellos también ayudan en nuestra comprensión histórica de las sociedades que se encuentran lejos de Europa, pero que han sido profundamente signadas en Europa, y que continúan llevando (o resistiendo) la marca de las culturas europeas.

La historia del feminismo europeo abarca virtualmente cada "campo" de la investigación histórica política, intelectual, social, económica, cultural, religiosa y así sucesivamente. A pesar de su amplitud y alcance, la memoria histórica de este desafío multifacético ha permanecido en niveles mínimos, hasta tal punto que su mera existencia se ve cuestionada. La evidencia yace, como un tesoro enterrado, debajo de la superficie de los registros de la historia convencional, un aspecto "desautorizado" del pasado.

¡Cuán obstinada es esta "desautorización"! Presten atención a estas voces provenientes de los comienzos del siglo veinte. "La atrevida marcha del feminismo," escribió la activista francesa Madame Avril de Sainte-Croix en 1907, "es un hecho que nadie puede negar, un movimiento que ninguna fuerza puede en lo sucesivo detener. Las mujeres...se han transformado en un factor con el cual se debe considerar." "El Movimiento de las mujeres" remarcaba la sufragista británica Millicent Garrett Fawcett en 1913, "es una de las cosas más grandes que haya tenido lugar en la historia del mundo. Otros movimientos hacia la libertad han apuntado a alcanzar el status de grupos comparativamente pequeños o de clases. Pero el Movimiento de las Mujeres apunta a nada menos que a alcanzar el status de un sexo completo la mitad de la raza humana- para elevarlo a la libertad y valía de la condición femenina." O considérese la afirmación de 1904 de la escritora sueca y defensora de las madres, Ellen Key: "La lucha que las mujeres están ahora llevando adelante es, lejos, más trascendente que cualquier otra; y si no acontece ninguna desviación, superará finalmente en fanatismo cualquier guerra de religión o de raza". Los lectores contemporáneos de esta dramática proclama deben haber dado cuenta de esos argumentos. Nosotros también deberíamos.

A pesar de testimonios como éstos, a pesar del vigor y el impulso de los intentos feministas sucesivos de combatir y desmantelar el discurso hegemónico machista, desde el siglo dieciocho hasta los comienzos del siglo veinte, ni la historia del feminismo, ni por tal motivo aún la historia de las mujeres (un amplio

aunque relacionado proyecto del cual la historia del feminismo es una parte), demostró desarrollar un poder perdurable. “Las mujeres,” afirmaba Simone de Beauvoir en su introducción a *El Segundo Sexo* (1949), “carece de propuestas concretas para organizarse a sí mismas en una unidad que pueda enfrentarse cara a cara con su unidad correlativa. Ellas no tienen pasado, ni historia, ni religión para ellas mismas; y ellas no tienen esa clase de solidaridad de trabajo y de intereses como los del proletariado”. Aún en 1949 esta era una afirmación engañosa.

Para comienzos de la década de 1970, una nueva generación de feministas en Europa pensó, con buena conciencia, que ellas estaban comenzando desde el “Año Cero”. Uno debe preguntarse cómo la memoria de un movimiento tan significativo, ese esfuerzo, ese desafío en pensamiento y en acción puede ser tan borrado y olvidado. ¿Cómo pueden las mujeres y los hombres no saber? ¿Cómo pudo la historia del feminismo fallar en haber sido tratada seriamente por historiadores profesionales o enseñada a las jóvenes mujeres y hombres que bullían en los colegios y universidades por toda Europa y América durante los 50 y los 60? ¿Por qué es tan raramente enseñada ahora? El conocimiento feminista, para muchos hoy en día, parece significar solamente “teoría feminista” o “práctica feminista” desde los años de la década de 1970; aunque lo que “cuenta” como “conocimiento” o como “teoría” es continuamente cuestionado, el lugar de la historia en estos asuntos permanece fuertemente subvaluado.

Un día en 1972, mientras buscaba materiales para un curso que yo debía co-dictar en “La Mujer en la Historia Occidental”, estaba merodeando en los más profundos escondrijos de los estantes de la biblioteca de Stanford, escudriñando viejos libros en los estantes bajo la categoría Decimal Dewey 396 “Mujeres”. Allí descubrí dos tesoros. El primero fue el compendio de Teodoro Stanton *The Woman Question in Europe* (1884). El segundo fue *La Femme et le féminisme*, editado por H.J. Mehler, el catálogo de la Colección Gerritsen sobre *Historia de la Mujer* publicado en 1900. ¡Qué revelación! El último contenía una basta lista de trabajos sobre la historia de las mujeres europeas, periódicos feministas, un tesoro encontrado de referencias en una variedad de idiomas europeos, todos fechados con anterioridad a 1900.

Yo estaba originalmente interesada en materiales franceses, pero como una ambiciosa comparativista, comencé a tomar notas de libros, artículos y periódicos en otros idiomas también. Pronto sospeché que allí debía haber mucho más material sin descubrir, pero cuando comencé a reunir y a fotocopiar esos textos, no tenía idea cuán extensiva podía ser la cosecha, cuán fácilmente podían ubicarse y consultarse o cuán excitante sería leerlos. Mi búsqueda me llevó bien lejos de la Colección Gerritsen a bibliotecas y archivos de todos los tamaños y descripciones por toda Europa y los Estados Unidos. Aparecieron cientos, luego miles de textos publicados.

Las primeras generaciones de feministas europeas entendieron bien que “el recuerdo de las cosas pasadas” es importante para delinear el futuro. “Estudien, estudien nuestra historia, damas y caballeros españoles, antes de acusar a una feminista de ser una extranjera,” advertía María Lejárraga Martínez Sierra en 1917,

bajo la cubierta del reconocido nombre de su esposo dramaturgo. En verdad, en el siglo veinte, el hecho de registrar y recordar la historia del feminismo y transmitirla en beneficio del futuro, se ha transformado en una cada vez más apremiante preocupación de las feministas a lo largo de toda Europa. Hay algo de verdad en la sardónica pero extravagante observación hecha recientemente por un historiador checo, en respuesta a un pequeño interés en la historia de la mujer checa: "El futuro no es suficiente para quienes son feministas; quieren apoderarse del pasado también y reinterpretarlo desde el punto de vista de las mujeres." Para quienes son feministas, la historia tiene importantes implicaciones, y establecer los registros correctamente es sólo parte de la tarea. A comienzos de la década de 1930 el historiador polaco Lucie Charewiczowa argumentaba el punto de vista de escribir la historia de las mujeres frente al Congreso Internacional de Ciencias Históricas, señalando que "el movimiento feminista... crece día a día" y que el conocimiento de la historia de las mujeres y del feminismo puede servir para derribar "cada prejuicio y cada superstición antifeminista que aún tienen raíces en la opinión pública".

Ya en los comienzos del siglo veinte quienes eran feministas en Europa reconocían la necesidad de "una historia que les perteneciera", y comenzaron a organizar iniciativas para establecer archivos para el movimiento de las mujeres. Una de las primeras iniciativas fue la de Eliska Vincent, en París, que ya para la década de 1890 había acumulado un vasto archivo (se estimaba que incluía unos 600,000 documentos). Desafortunadamente, su legado de ese material al Museo Social fue rechazado en 1919, a pesar de los mejores esfuerzos de sus ejecutores testamentarios, Marguerite Durand y Maria Vérone, los materiales se perdieron. Este desastre no pasó desapercibido para Durand y para Marie-Louise Bouglé, las cuales subsecuentemente armaron colecciones que hubieron de encontrar más seguro albergue en París, en la Biblioteca Marguerite Durand y en la colección Bouglé perteneciente a la Biblioteca Histórica de la Ciudad de París.

En Inglaterra, los materiales que proveyeron el núcleo de lo que más tarde se convertiría en la Biblioteca Fawcett fueron depositados en 1926 como la Biblioteca de la Sociedad de Londres para el Servicio de las Mujeres. En 1998 los planes para una nueva Biblioteca Nacional para Mujeres, con fondos por 4,2 millones de libras esterlinas garantizados por la Lotería Nacional Británica, fueron anunciados para albergar y asegurar la colección, la que contiene la colección de la Sociedad Josephine Butler así como varios escritos y publicaciones de las varias sociedades de mujeres sufragistas, el Grupo de los Seis Puntos y la Alianza Internacional St. Joan, entre otros.

En Alemania, siguiendo la disolución de la Bund Deutscher Frauenverein en vista de las amenazas nazis de hacerse cargo de ellos en 1933, los papeles de los movimientos alemanes de mujeres y de una cantidad de sus organizaciones afiliadas fueron depositados (en 1935) en la Helene Lange Stiftung, en Berlin-Wilmersdorf. En 1934, el último presidente de la BDF, Agnes von Zahn-Harnack, co-publicó (con Hans Sveistrup) un bibliografía comentada de 800 páginas compilada entre 1927 y 1932 sobre *La Cuestión de la Mujer en Alemania*, como una muda salva de despedida contra el régimen nazi, el cual había decretado la

disolución de todas las sociedades y organizaciones que no fueran afiliadas nazis. Este trabajo se transformó en una fuente de referencia fundamental para los posteriores estudiantes del movimiento feminista alemán. Desde esos tiempos los archivos de los movimientos de la mujer y de historia de la mujer se establecieron en varias ubicaciones, incluyendo Kassel, hogar del Archiv der deutschen Frauenbewegung (Archivos de los Movimientos Alemanes de Mujeres).

En los Países Bajos, el ambicioso Internationaal Archief voor de Vrouwenbeweging (Archivo Internacional para los Movimientos de la Mujer o IAV) fue establecido en 1935 por un pequeño grupo de feministas holandesas, incluidas Rosa Manus y Willemijn Hendrika Posthumus-van der Goot. Sólo apenas iniciado cuando los nazis ocuparon los Países Bajos, el archivo completo fue capturado y trasladado por los nazis. Después de la guerra, los organizadores del archivo intentaron reconstruir la colección del IAV, que estuvo operando hasta fines de la década de 1980 a la sombra del Archivo Internacional para la Historia Social en Amsterdam. Una parte de los archivos IAV originales, que por mucho tiempo se creyó destruida, ha sido recientemente recuperada intacta, por una especie de milagro, en Moscú, presumiblemente llevada allí por el Ejército Rojo que había en su momento capturado el material a los nazis.

Otros coleccionistas pioneros fueron menos exitosos en sus intentos de establecer una existencia independiente para sus archivos. El ambicioso proyecto para establecer un Centro Mundial para los Archivos de las Mujeres, iniciado en los Estados Unidos a fines de 1945 por la sufragista húngara Roszika Schwimmer y promovido por la historiadora y feminista americana Mary Beard, hubo de ser abortado en 1940, a la sombra de la guerra, cuando no fue posible obtener financiación adecuada. Los archivos del Consejo Internacional de Mujeres (ICW) fueron capturados por los nazis cuando ocuparon Bruselas en 1940, y sólo en la década de 1960, en conjunto con la publicación de su propia historia, *Mujeres en un Mundo en Cambio*, hizo la ICW esfuerzos para reconstituir copias del material perdido en una variedad de lugares.

Más archivos fueron fundados después de la Segunda Guerra Mundial. Estudiosos suecos establecieron un archivo para la historia de las mujeres en la Universidad de Göteborg en la década de 1950. Otros archivos surgieron subsecuentemente, como la Colección de la Historia de la Mujer en Aarhus, cuya custodia incluye preciosos escritos de los primeros días del movimiento danés de los derechos de la mujer. Registros del movimiento sueco de la mujer están preservados en el Archivo de la Fundación Gostelli cerca de Berna, gracias a los esfuerzos y al compromiso financiero de la activista de los derechos femeninos, Marthe Gostelli.

Para no fetichizar el desarrollo de los archivos de material inédito, sin embargo, quisiera insistir aquí en la riqueza de los registros publicados, mucho de los cuales están también preservados en estos archivos como en la más importante colección de las bibliotecas. Historiadoras del feminismo europeo pueden encontrar un material extraordinario de la abundancia de publicaciones societarias, actas de sesiones de los congresos, boletines, panfletos y otras fuentes impresas por

feministas y organizaciones feministas y de sus oponentes- durante las últimas dos centurias. "Cuando una mujer aprendió a leer, las preguntas de la mujer surgieron en el mundo"- escribió la celebrada escritora austríaca Marie von Ebner-Eschenbach en 1880. Y en verdad, el feminismo ha desarrollado su existencia histórica tanto por los registros políticos publicados como por aquellos privados.

La historia del feminismo en Europa no es una nueva empresa, especialmente para los historiadores entrenados académicamente. Como lo destacado por Lejárraga y Charewiczowa, citadas anteriormente, atestigua, varias publicaciones hechas por activistas feministas subrayan fuertemente su continua preocupación acerca de combatir la feroz mala información entre el público en general; otras se preocupan por la perspectiva de la pérdida de la memoria entre sus sucesoras potenciales, especialmente después de que las feministas han alcanzado sus mayores objetivos como el voto en los gobiernos representativos o parlamentarios. Este asunto estaba ciertamente en la mente de Eleanor Rathbone en 1934: «Las jóvenes mujeres de hoy en día, que pueden decir "pero, nosotras nacimos libres" recordarán a menudo o siquiera sabrán su deuda con estas pioneras?» ¿Qué le sucedió a esta historia? Una cosa parece segura: virtualmente toda cultura política, encontró fuerte oposición no sólo, como uno pudiera esperar, en la Derecha sino también en la Izquierda. La oposición de la Derecha política, aún formada primariamente por grupos dominados por hombres, autoritarios, con filiación religiosa, no resulta una sorpresa. La oposición de la Izquierda política se muestra más problemática. Ya en 1900 los socialistas-marxistas de la Segunda Internacional de Asociaciones de Trabajadores veían al feminismo como una empresa rival y trataron de oponerse a su atracción por medio de calumnias y proclamas contrarias, alegando que el feminismo era irremediamente "burgués", que el capitalismo era el mayor problema, que el conflicto de clases era el motor de la historia y que sólo el socialismo podía resolver la "cuestión de la mujer", pero sólo después de la victoria del proletariado. La intransigencia de las mujeres socialistas y su constante negativa a cooperar con las feministas ha sido ampliamente documentada desde la década de 1970.

Desde una perspectiva feminista, el socialismo organizado en Europa y, en un sentido más amplio, la Izquierda Socialdemócrata- tiene mucho por lo cual responder, no sólo en términos de estigmatizar y trivializar al feminismo, o por retratar a las feministas como un "grupo de especial interés", sino también por suprimir enérgicamente activistas e impulsos feministas y dada la oportunidad, apropiarse, así mismo, de aspectos seleccionados de la historia del feminismo. En verdad, es tentador sugerir que lo que Heidi Hartmann una vez llamó el "infeliz matrimonio del marxismo y del feminismo" nunca fue un matrimonio, y ciertamente nunca una relación hecha en el paraíso, aún en el comienzo; "atracción fatal" puede ser un término más apropiado. Y la aparente desgracia de la línea ideológica fue el feminismo.

Las dificultades que las feministas encontraron en comprender sus objetivos en las sociedades europeas no pueden ser subestimadas. Y, sin embargo, a despecho del temor de los hombres de que las mujeres puedan terminar "a cargo", a

despecho de repetidas oleadas de contragolpes antifeministas, algunas veces quienes adhieren al feminismo consiguen su propósito de manera brillante. A causa del feminismo, mucho cambió para mejor en la situación de la mujer en las sociedades europeas, entre 1700 y 1950. Mucho más ha cambiado desde entonces. Aún restan desafíos significativos y una vez más, hay mucho para que el feminismo lleve a cabo y controle en la emergente nueva Europa.

A diferencia de otros movimientos políticos, el feminismo nunca ambicionó la autoridad por el poder mismo. Sus partidarios buscaron una reparación de los agravios, pero no tomar el poder; en lugar de eso desean compartirlo y cambiar la sociedad para mejor por medio del ejercicio de lo que la teórica política Kathlee Jones ha calificado como "autoridad compasiva". Quizás este sea el por qué el feminismo nunca encontró su clasificación correcta entre los movimientos políticos.

Aquí, tal vez, es el lugar para mi confesión de entusiasmo personal sobre mi materia y mi tema. Estoy cansada de registros históricos que tratan a las personas como "lugares de análisis", que pinchan las vidas de los individuos y los esfuerzos de los grupos con alfileres como deben ir acomodados, retorciendo, agitando y probando su resistencia, sometiendo a análisis "científicos" a través de lupas teóricas distorsionantes de varios espesores y opacidades y desde diferentes distancias críticas. Yo creo que esta práctica es deshumanizante y no debe ser tolerada. La vida de las personas y sus esfuerzos para cambiar las condiciones bajo las cuales viven, dentro de un contexto político y cultural determinado, tienen una integridad que debe ser respetada, especialmente por estudiosos que acuerden con el feminismo.

*Feminismos Europeos* es un trabajo de erudición. Es también desvergonzadamente- un acto de afirmación y pasión, llevado a cabo con la intención de transmitir un legado que se había perdido alguna vez. Susan Stanford Friedman expresa mi idea exactamente cuando dice: "La pérdida de memoria colectiva, de miradas de historias sobre el pasado, ha contribuido en gran manera a la actual subordinación de las mujeres. La incompleta y acumulativa construcción de una claramente definida historia de las mujeres, incluyendo las historias del feminismo, es un componente crítico de resistencia y cambio".

Así como he trabajado durante los últimos 25 años para recopilar la documentación para lo que ha devenido en este registro de los feminismos europeos, he estado profundamente movilizada por la inmensidad de la tarea de redescubrimiento y recordación, pero también por el apremiante poder del proyecto y de las mujeres y de los hombres que he encontrado, no obstante indirectamente, a través de este trabajo histórico. No he creído ni por un momento como Joan Scott, que ellos estuvieron enredados en paradojas, o que, como otras voces, el feminismo es o debe ser- "un movimiento que desafía todas las injusticias". Es, en cambio, una teoría y una práctica que desafía una injusticia; se trata primero y principal de desafiar la hegemonía masculina, sobre obtener justicia para las mujeres, cualquiera sea su nacionalidad, religión, clase, etnia, etc. No se trata de hacer a las mujeres iguales a los hombres, pero sí de dotar a las mujeres del poder que les permita realizar completamente sus potencialidades como mujeres sin impedimentos. El feminismo une sus manos con otras causas, por motivo de que las mujeres están también en desventaja de otras

formas, pero creo que no debe mezclarse con otras causas, confundirse, juntarse o subordinarse con ellas, independientemente de los méritos que aquéllas tengan. El feminismo persigue un asunto central que tiene implicaciones para todos los otros.

Confieso que encuentro la causa feminista - así como la entiendo históricamente- no sólo fascinante sino inspiradora y, por completo, merecedora de una vida de trabajo. Los feminismos históricos de Europa han sido una revelación, y cada voz particular tanto mujeres como hombres- es muy inteligible, valiente y brillante. Me siento orgullosa de haber encontrado estos primeros feministas, tanto mujeres como hombres. He sido profundamente movilizada por sus luchas. Como Margaret Caster y Jo Vellacott, todavía lloro por encontrar que "Muchas cosas magníficas fueron dichas tiempo atrás; es impactante que hayan desaparecido por tantos años..."

Muchas ideas excelentes fueron expresadas y muchos actos de valentía fueron ejecutados por feministas europeas, en el periodo que va desde 1700 hasta 1950, mientras intentaban en innumerables formas de derribar la estructura de la dominación machista en las sociedades europeas. En muchos aspectos tuvieron éxito, para nuestro beneficio. Merecen no sólo ser reconocidos y recordados sino ser aplaudidos y celebrados. Sus ideas e iniciativas deben ser aclamadas por feministas de hoy y de mañana, tanto como una preciosa herencia así como un arsenal impresionante de armas ideológicas (para elegir una aguerrida metáfora militar). La amnesia, no la carencia de historia, es el peor enemigo actual del feminismo.

*Karen Offen*

The Institute for Research on Women &  
Gender- Stanford University-USA.

Traducción: Enrique Mc Cormack  
Instituto Nacional Superior del Profesorado, "J.V. González",